

AÑO XXVII

6.^a SERIE

REVISTA
CIENTIFICO MILITAR



ORGANIZACIÓN — ADMINISTRACIÓN — ARMAS — ESTRATEGIA — TÁCTICA
FORTIFICACIÓN — ARTILLERÍA — TIRO — HISTORIA MILITAR — GEOGRAFÍA — BIOGRAFÍA
PROGRESOS CIENTÍFICOS — NOTICIAS — VARIEDADES — ETC., ETC.

TOMO IV

BARCELONA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE CERVANTES, N.º 5

1902

Enero á Diciembre de 1902

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 5. — Academias militares, por J. Luengo, capitán de ingenieros; pág. 7.— La campaña de Napoleón en Italia (continuación), por el coronel, conde Yorck de Wartemburg; pág. 14.

Pliegos 47 y 48 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 11 y 12 del cuaderno tercero.

CRÓNICA GENERAL

ASUNTO DOLOROSO. — ESTADÍSTICA SANITARIA DEL EJÉRCITO. — MORTALIDAD COMPARADA DEL NUESTRO CON LOS DEMÁS DE EUROPA. — BALANCE TRISTE. — MEDIDAS TOMADAS PARA CORREGIR EL MAL.—REMEDIOS PROPUESTOS PARA ESTIMULAR EL CELO DE LA OFICIALIDAD DE LOS CUERPOS.

De todos los asuntos dolorosos de que el ánimo se siente inclinado á tratar, para que, poniéndolas de manifiesto, puedan algún día curarse las muchas llagas que sufre el ejército, ninguno más triste que el que arroja la estadística de la mortalidad. Recientemente se ha publicado la que corresponde al año de 1898. De ella se desprende que de cada 1.000 soldados, mueren 11 y más de 40 se inutilizan en el servicio de las armas. No se crea que, en esta proporción, se tienen en cuenta los repatriados de Cuba y Filipinas; nada de eso. Aquellas cifras son lo que son, sin atenuaciones ni explicaciones de ningún género: por cada mil soldados que entran en las filas sanos y robustos—según declara su previo reconocimiento—once dan en la fosa en el transcurso de un año; cuarenta vuelven á sus casas con enfermedades a veces incurables; en resumen, cincuenta por mil bajas en un año de combate por la vida.

Cualquiera, por poco acostumbrado que esté á examinar este género de estadísticas, comprende la horrible realidad de las cifras que anteceden; pero por si alguno titubease respecto á este punto, la memoria que acompaña á dicha estadística tiene buen cuidado de explicar su alcance hasta á los más negados á toda reflexión, insertando al efecto el siguiente cuadro, que estampamos en nuestras columnas con profunda pena, porque las páginas de la REVISTA han declamado pacientemente, uno y otro año, con tanta perseverancia como inutilidad, para que este cuadro incalificable no pudiese ser cierto. He aquí el doloroso padrón á que nos referimos:

PROMEDIO ANUAL DE BAJAS EN DIVERSOS EJÉRCITOS EUROPEOS

ESTADOS	Fallecidos	Inútiles
Alemania.....	1,5	18,4
Holanda.....	3,5	17,0
Gran Bretaña.....	3,6	17,9
Italia.....	4,3	9,5
Austria.....	4,5	—
Francia.....	4,9	30,1
Rusia.....	5,1	—
España.....	10,6	45,8

} Por cada 1.000 hombres.

¡Qué satisfacción más grande la de figurar en tal lugar en las estadísticas! Porque, cuando se habla de ferrocarriles, de telégrafos, de hombres que saben leer y escribir, siempre España figura con las cifras mínimas. En cambio, para que nos sirva de compensación, figuramos con las cifras más elevadas cuando se trata de la mortalidad del soldado ó del contingente de generales.

No hay palabras en el diccionario para expresar el efecto que causa tanto *honor* que nos concede el resultado de la estadística. Las frases más duras resultarían dulces para calificar el hecho, cuando en el ejército hay, por cada tres soldados, un oficial para instruirlo, para cuidarlo, para hacerle un combatiente perfecto. Y sin embargo, el soldado dista mucho de tener instrucción completa, y dista mucho también de estar en la milicia como en el seno de su familia. La memoria á que aludimos dice que de 85.000 soldados asistidos, 11.403 lo fueron por enfermedades secretas.

En un ejército bien dotado, que gasta ciento cincuenta millones de pesetas al año, no puede atribuirse este desdichado resultado á la falta de recursos pecuniarios. Hay que atribuirlo á causas más hondas, que no puede evitar la *Dirrección de Sanidad* con las acertadas medidas que sucesivamente viene dictando. En la vida interna de los cuerpos armados, todo impulso que viene de fuera produce efectos muy secundarios. Es en el seno mismo de los cuerpos, en la masa de la oficialidad en donde se debe producir el noble movimiento que evite el mal, y si ese movimiento no se produjese, si la oficialidad de los cuerpos no se diese cuenta de la gravedad enorme de los resultados consignados, diríamos que habrían de resultar poco menos que inútiles cuantas medidas llegasen á ellos desde el exterior, por acertadas que fueran dichas medidas.

Como verdadero *sinapismo* para la oficialidad de los cuerpos armados propondríamos lo siguiente:

1.º Como en los colegios ponen el *cuadro de honor* de los alumnos aplicados, pondríamos en las salas, pasillos y dormitorios, con caracteres de gran tamaño, el cuadro, antes inserto, de la mortalidad comparada en diversos ejércitos.

2.º Publicaríamos, mensualmente, en el *Diario Oficial*, la estadística sanitaria del mes anterior, poniendo, con letras muy gordas, los nombres de los diez cuerpos que, proporcionalmente, tuviesen más bajas.

3.º ...El lector suplirá lo mucho que se podría hacer en este camino. Y quiera

Dios que algo se haga, para evitarnos las tristes reflexiones que todos los militares del mundo harán al saber que en el ejército español mueren, proporcionalmente, doble número de soldados que en el ejército en que mueren más.

NIEMAND.

14 de enero de 1902.

ACADEMIAS MILITARES

Profundo respeto unido á sincero afecto siente el que suscribe, hacia todos los elementos constitutivos del ejército, y con tal aseveración se empieza, para alejar del lector la idea de que estas líneas están inspiradas por ningún bastardo exclusivismo. Su bello ideal sería llegar á obtener una solidaridad completa entre todos los militares, nacida del deseo de servir lo mejor posible á la patria, ya que el ejército no es más que un organismo del Estado, y por lo tanto debe estar compenetrado con el país que sirve, marchando al unísono con él.

Para llegar á conseguir tal fin, el punto de partida debe ser una adecuada educación militar, y ya es sabido que las academias hoy existentes cumplen bien sus fines, dando buenos oficiales, pero también es incuestionable que ningún organismo, por perfecto que sea, puede ser inmutable. Es una necesidad adaptarse al medio en que se vive, y desde tal punto de vista, hay que reconocer que nuestros sistemas de enseñanza adolecen del defecto de estar un poco anticuados.

Buena idea en teoría fué la que presidió á la creación de la Academia General Militar, pero la práctica puso en evidencia sus inconvenientes, el principal de los cuales fué, que los alumnos de artillería é ingenieros tenían que estudiar en sus respectivas academias tres cursos imposibles por lo recargadísimos.

No se siente el que suscribe con fuerzas suficientes para efectuar un detenido análisis del plan de la citada Academia, pero á vuela pluma se dirá que tenía cosas muy buenas, y superaba mucho al antiguo de la Academia de Infantería, si bien no estaba exento de lunares.

Su defecto capital nacía de tener que atender necesidades muy diversas, lo que ocasionaba que unos alumnos estudiaran algunas materias con más extensión de lo preciso, lo cual, sin embargo, era notoriamente insuficiente para otros. Tal ocurría, por ejemplo, con las nociones de mecánica, que resultaban pesadas y difíciles de digerir para cerebros que no tenían más base que el álgebra elemental y la geometría; así ocurría que tales nociones de mecánica no eran de provecho para nadie, pues los que no estudiaban más se quedaban tan en ayunas como antes, salvo algunas definiciones que se pueden aprender y comprender con poco esfuerzo de imaginación, y en cambio para los que tenían que estudiar la mecánica á fondo aquellas nociones no les servían más que para perder lastimosamente el tiempo.

En menores proporciones otro tanto puede decirse que ocurría con la topografía, para la que se adoptó un texto bastante bueno, pero tenía que volver á ser repasada de nuevo con más extensión en otras academias.

No hay duda que la descriptiva merece ser conocida por todo oficial, pues-

to que todos deben estar en condiciones de comprender un plano cualquiera, ya sea de un edificio, de una obra de fortificación, de un arma, etc...; además, es la base de los acotados, que también son precisos para la lectura de planos y el levantamiento de ellos, pero el lector comprenderá que para tales fines, de poca utilidad práctica es la determinación de la sección plana de un prisma, ó la intersección de dos poliedros cualesquiera. Tales ejercicios y otros además, son necesarios para quienes pueden verse precisados, por razón de su profesión, á determinar intersecciones de superficies más ó menos complicadas, á efectuar algún despiece, etc..

Esto no obstante, tales materias de algo podían servir á los oficiales de infantería y caballería; pero los prolegómenos del derecho no servían para nada á nadie, y más por la forma embolística en que estaban expuestos.

A pesar de tales defectos, una idea buena presidió á la redacción del plan de estudios de la Academia General y fué su carácter enciclopédico. En efecto, todo oficial debe tener nociones de los demás organismos del ejército, y de los medios generales de acción que emplean, pero cada cual debe tener un plan de estudios adecuado á las necesidades de su respectiva carrera: la Academia Politécnica, que en el orden civil ha venido á desempeñar funciones análogas á las de la general en el ejército, ha dado igualmente malos resultados, á pesar de que hay más afinidad entre los estudios de los arquitectos y de los ingenieros, que la que existe entre los varios asuntos á que tienen que consagrar su atención los oficiales de los distintos organismos del elemento armado.

Ciertamente que la educación militar de todos debe ser la misma, pero esto no quiere decir que sea necesario recibirla en el mismo centro, porque aun haciéndolo así son inevitables ciertas diferencias, á causa de que todos los alumnos no podrían cursar con el mismo profesor, y aunque así fuera, todos los caracteres no son iguales; y por ende sus manifestaciones son distintas: con frecuencia se ven hermanos que hacen vida íntima, que reciben educación idéntica y que sin embargo, tienen modos de ser diferentes, lo que después de todo no es perjudicial, porque de la variedad en la unidad nace la armonía y belleza de lo existente. La vida sería insoportable y hasta imposible si todos fuéramos idénticos; y los que en el ejército persiguen una uniformidad abrumadora, se empeñan en lograr un ideal inasequible, advirtiéndose de paso, que no se alude á la uniformidad en el vestir (la cual implica poco por ser cuestión puramente secundaria) sino á la identidad de caracteres, de pensamientos, y de manera de ser.

El que suscribe (cuya opinión por otra parte nada vale ni supone) ve con placer que han desaparecido antiguos é inmotivados antagonismos, en mal hora despertados; mira con satisfacción cómo se va dando representación é importancia á institutos que deben tenerla igual que los demás; pero dentro del buen cumplimiento de sus obligaciones, debe respetarse la idiosincrasia particular de cada cual, en tanto no perjudique ó moleste á los demás.

Dígase lo que se quiera, para adquirir una buena educación militar, basta estudiar con recto criterio las ordenanzas, penetrándose, bien de ellas, sobre todo en la parte relativa á las órdenes generales para oficiales, y el más exigente estará conforme en que este punto es el que no necesita modificación en nuestras academias militares.

Como todas las cosas dejan algún vestigio, la Academia General Militar ha dejado dos: uno, aumentar la afición al estudio en nuestros oficiales salidos de ella, que es una buena cosa; y otra mala, que ha sido la uniformidad de programas de ingreso para todas las academias militares, ó sea *perecuación* de estudios para todos los jóvenes que á la carrera de las armas piensan dedicarse.

No hay duda que esto es ventajoso para los *preparandos* que no quieren perder el tiempo, pues así elevan unas cuantas solicitudes, se presentan en otras tantas academias y si ingresan en alguna, continúan en ella, aunque no sea la que ellos hubiesen preferido; si tienen suerte en varias, hacen *sus cálculos* y se deciden por la que más les agrada ó les conviene. También tal disposición es beneficiosa para los profesores que á la preparación se dedican, pero con todo el respeto que las disposiciones emanadas de la superioridad merecen, no puede menos de manifestarse, que siendo distintas las necesidades de los organismos del ejército, diferentes deben ser también los estudios de cada carrera y distintas las preparaciones que para ingresar en ellas se deben estudiar.

Puede decirse que toda la preparación para ingresar en las academias militares está basada en las matemáticas. No cabe duda que su estudio acostumbra á discurrir con gran rigorismo y constituye una gimnasia intelectual, harto más provechosa que la que se ejecuta en otros centros docentes: pero toda exageración es perjudicial y la extensión de ellas debiera reducirse á lo necesario para abordar sin tropiezo los estudios ulteriores.

Los exámenes de ingreso versan generalmente sobre la explicación de una teoría que consta de varios teoremas con sus corolarios, escolios, lemas y demás, de modo que el *preparando* dotado de regular inteligencia, buena memoria y gran facundia obtiene notas brillantes, en tanto que otros más inteligentes y menos *oradores* no llaman la atención.

Es un mal necesario que los exámenes tengan lugar en la forma que hoy se verifican, porque es indispensable dar con su publicidad satisfacción á la opinión pública, y por otra parte, es imposible examinar detenidamente esas falanges de jóvenes que asaltan las academias militares. Aún en la forma en que hoy tienen lugar los concursos, suponen una gran fatiga para los profesores que en tales actos toman parte; júzguese cuánto mayor sería, si exclusivamente sometieran á los examinandos á la resolución de problemas que, como es natural, tendrían que ser variadísimos.

Para terminar con lo relativo á las matemáticas se dirá que las carreras de artillería é ingenieros, deberían ampliar su preparación, trasladando á ella algunas de las asignaturas que hoy se estudian dentro de tales academias, como son: el álgebra superior, la trigonometría, la analítica, la descriptiva y los cálculos, sin darles más extensión que la necesaria para dominar luego los estudios de aplicación, obteniendo con ello los jóvenes el beneficio de poder estudiar con más descanso los años de la carrera, que cada día van teniendo programas más arduos y recargados. Otra ventaja obtendrían con ello, y sería que el que ingresara podría tener la seguridad de terminar airosamente sus tareas, cosa que hoy no ocurre, porque algunos *pueden* con la preparación, pero sucumben luego bajo el peso de asignaturas más difíciles.

Existe en los programas de ingreso una rutina, que es de esperar desaparezca pronto: se alude á los conocimientos que hoy se exigen del idioma francés exclu-

sivamente. No hay duda que tal lengua es la más útil para los españoles, por hablarla nuestros vecinos y por estar muy extendida, pero tanto supone poseer el francés como el inglés ó el alemán, que también son idiomas muy generalizados. Parece, por lo tanto, que sería preferible, que los aspirantes á ingreso poseyeran uno cualquiera de estos tres idiomas, con lo que se obtendría la ventaja de que la oficialidad del ejército, considerada en conjunto, conociera mayor número de lenguas vivas. Los que dominaran más de una, deberían ser objeto de consideraciones especiales, y el árabe por la importancia que para nosotros tiene, debería ser equiparado á los anteriores.

Poniendo punto final á tal cuestión, se pasará á otra. Hoy se exige dibujo natural hasta cabezas inclusive. Ciertamente que éste contribuye á educar la vista, y que en general, como adorno conviene conocerlo, pero nadie negará que el género de dibujo que mejores servicios puede prestar al oficial es el topográfico, y despues de éste el de paisaje: en artillería é ingenieros se necesita además el lineal, de modo que el dibujo de figura es el que menos importancia para los militares tiene y por lo tanto debería ser relegado á último término.

Respecto al examen de aptitud física, hay que confesar que es mucho más somero de lo que debiera ser, pues se reduce á un simple reconocimiento facultativo, que en algunas ocasiones no suele ser muy escrupuloso. Acudiendo tantos jóvenes á las academias militares, el Estado debería llevar á cabo una cuidadosa selección, para elegir los más robustos y ágiles. Ciertamente que la vida ulterior y sobre todo una campaña, son la mejor criba para descartar á los endebles, pero perdónese la frase, es un modo brutal de seleccionar, siendo preferible separar al principio de la carrera á los que no sirven para ella, y en otras profesiones pueden ser útiles al país.

Deberían, pues, los aspirantes, además de revelar buena salud, tener marcados de antemano, para cada edad, una estatura, un perímetro torácico y un peso mínimos, y á más de esto, ya que no se exigiera, por lo menos se debería recompensar con mejora de notas á los buenos jinetes, á los hábiles nadadores, á los expertos tiradores (de armas blancas y de fuego) y también á los ciclistas.

Hay la tendencia á disminuir la edad de ingreso, con lo que sólo se consigue que salgan algunos oficiales de grandes dotes de mando, pero de poca representación. Ya es sabido que la fuerza moral no reside en las barbas ni en los músculos, sino en el corazón y en el cerebro, pero nadie negará que es preferible que el que ha de mandar á una tropa sea un hombre granado.

Por otra parte, para ingresar joven es preciso empezar á luchar con las matemáticas en la niñez, y esto da por resultado, provocar una madurez anticipada, á la que sigue muchas veces una vejez también precoz, todo ocasionado por el afán de lograr una *buena carrera*, ventaja que á veces no se alcanza...

En vista de todo esto, parece que la edad mínima de ingreso deberían ser los diez y siete años, sin rebajar la edad por ningún concepto.

Tampoco conviene ampliar mucho el plazo de admisión de aspirantes, porque ocurre que hay estudiantones, que á fuerza de presentarse á examen ingresan, para ser expulsados á los dos ó tres años. Por tal razón la edad máxima para examinarse de ingreso podría ser veinte años, también sin dispensa alguna.

Una mala costumbre se repite periódicamente en las academias militares, y es la reducción de cursos en cuanto se nota alguna escasez de oficiales, de

modo que la carrera de las armas está sujeta á la misma ley entre la oferta y la demanda, que si fuese una mercadería cualquiera.

A esto se contestará lo de siempre: «la nación es pobre y no puede sostener en época de paz todos los oficiales que se necesitan en campaña», excusa cómoda para salir del paso, pero que no convence, porque antes de que se amortice el personal excedente de una campaña, tiene lugar otra, que ocasiona nuevos aumentos y así sucesivamente.

Siendo el ejército un organismo cuyo fin es hacer la guerra, debe estar preparado desde tiempo de paz para entrar en funciones con el menor trastorno posible. Para conseguirlo, sería preciso organizar en otra forma de como hoy lo está el elemento armado, y para que tal organización fuera viable, sería necesario también educar al país, inculcándole desde la niñez los deberes para con su patria; pero esto es hablar por hablar, porque donde no se quiere hacer efectiva la primera enseñanza, es imposible conseguir tales filigranas y metafísicas.

Sin coste alguno, estableciendo el servicio militar y obligatorio, podría el Estado tener oficiales subalternos de la escala de reserva, elegidos entre los jóvenes que por sus condiciones intelectuales y físicas acreditaran idoneidad para tal cargo, los que sólo formarían parte del ejército de segunda línea, y en ningún caso podrían pasar á la escala activa ni disfrutar sueldos en tiempo de paz, pues la ventaja para ellos consistiría únicamente en hacer la campaña que les correspondiera con algunas más comodidades que las clases de tropa. De este modo las academias militares en paz y en guerra darían próximamente el mismo contingente, normalizándose los estudios que en ellas se verifican.

Y no se crea que con esto se quiere indicar que los trabajos académicos bastan al oficial, pues ya es sabido que sólo sirven de preparación, para los que ulteriormente se deben llevar á cabo, so pena de convertir la profesión de las armas en un *triste oficio*.

Para alentar á los estudiosos, hay pocos alicientes en la actualidad, pues aparte de las recompensas oficiales, que no son escasas, y de los laudables esfuerzos que en tal sentido verifican las diversas revistas profesionales, dignas de encomio por las dificultades con que luchan, no hay otros medios para estimular la labor penosa de los oficiales amantes de la mayor gloria y esplendor de su profesión. Otros países, en los que la vida intelectual es más activa que en el nuestro, en los que se siente más amor hacia sus respectivos ejércitos, tienen editores que admiten y dan á la estampa desde el tratado voluminoso, hasta el insignificante fascículo; pero en España no sucede así, porque apenas consiguen llamar la atención pública las firmas de los literatos más eximios, y por lo que al ejército se refiere, cuando llega una campaña se le atiende en la medida de lo posible, pero en cuanto pasa el turbión, molesta y abruma todo lo que á milicia se refiere, y se arrumbaría el ejército al cuarto de muebles viejos hasta otra ocasión, llegada la cual se desearía encontrarlo muy flamante, pues somos exigentes y no nos conformamos con cualquier cosa. Así somos y no variaremos, siendo de admirar, que á pesar del despego con que se le trata, el elemento armado trabaje asidua y pacientemente, por no desmerecer al lado del de otros países más reflexivos que el nuestro.

Volviendo al tema de que se trata, se dirá, que si bien la parte experimental y práctica tiene en la actualidad más importancia en nuestras academias milita-

res, que hace algunos años, debería exagerarse tal tendencia todo lo posible, pues no basta leer mucho para instruirse: es más provechoso asimilarse bien pocas, sanas y útiles ideas, que padecer un empacho de ciencia.

Aunque son muy sugestivas las sublimes especulaciones abstractas y filosóficas de las matemáticas puras y mixtas, su estudio completo debe reservarse para las inteligencias superiores, y en las academias militares no debe exigirse de ellas más que lo estrictamente indispensable, dando todo el desarrollo posible á los conocimientos de aplicación, sin incurrir tampoco en minucias y detalles que sin provecho secan y atrofian la inteligencia. En lo posible convendría adoptar para las demostraciones los procedimientos gráficos que tanto facilitan la comprensión de ciertos principios que presentados analíticamente parecen abstrusos.

En punto á la historia, es lamentable la forma en que se ha estudiado, y aún hay que avanzar mucho para que sea fructífero el trabajo que á ella se dedique: desde luego puede asegurarse que llenarse la cabeza de nombres de reyes, de caudillos y de batallas, no conduce á nada de provecho, pues para formarse una idea completa de una época, es necesario estudiarla no sólo desde el punto de vista militar, sino también desde el político, social y religioso, haciéndose cargo además, aunque sólo sea someramente, del nivel científico, literario é industrial logrado en ella.

La historia de España debe sernos doblemente apreciable, por ser la de nuestro pueblo, en primer término, y en segundo lugar por las enseñanzas que de ella podemos sacar: para escribirla, merítísima labor han realizado algunos escritores, cuyos nombres no se citan por no herir su modestia, tan grande como su mérito, pero aún falta llenar una gran laguna en lo relativo á la colonización y pérdida de las posesiones americanas, trabajo en que tanto vigor de nuestra raza se empleó, y motivo por el cual hemos sido tan calumniados, siendo lo más sensible que de tales imposturas nos hayamos hecho eco, porque por desgracia, somos nosotros mismos nuestros peores enemigos.

Aunque nuestra misión en América terminó, no hay duda de que para todo buen español es muy interesante ese capítulo de la historia patria.

Al estudio de la historia precederá el de la geografía, que no debe limitarse á aprender de memoria un cúmulo de nombres de pueblos, caminos, ríos, montañas y desfiladeros, pues á estos datos debe preceder la descripción de conjunto del país de que se trate. Ciencia reciente es la geología, pero de importancia suma, y si bien el militar no necesita conocerla tan á fondo como el ingeniero, el agricultor ó el minero, es incuestionable que debe tener nociones de ella. Recientemente en la escuela superior de guerra se ha introducido su estudio con muy buen acuerdo; pero esto no basta, pues convendría que en las academias en que hoy no se cursa, se adquiriesen algunas nociones de tal ramo del saber, referidas exclusivamente al territorio de España, porque con sólo un mapa geológico á la vista, se puede decir cuáles son las comarcas á propósito para concentrar grandes ejércitos y en qué regiones se impondrá la guerra de partidas.

Así se ve, que los terrenos eruptivos, asperísimos é improductivos, sólo son buenos para organizar guerrillas, y si son extensos y en ellos se engolfa un fuerte ejército, padecerá mucho por esta sola circunstancia. Iguales á éstos para tales fines son los terrenos primarios, casi tan agrestes como los anteriores.

Los secundarios también participan de los mismos caracteres, aunque no son tan abruptos.

Por último, los terciarios, cuaternarios y de aluvi6n, son los mejores para las grandes concentraciones y para marchas de ejércitos considerables, porque son ricos y feraces, estando además cruzados por mayor número de vías. La lectura de la obra del general Arraquiá titulada: *El terreno, los hombres y las armas* demuestra con datos históricos la verdad de tales aseveraciones.

Poniendo punto á tal digresión, se dirá que hay dos asignaturas de las que no se ocupa nadie en las academias y que, sin embargo, tienen mucha importancia. Una es la *psicología de las muchedumbres*, y otra el *concepto del mando*. Apenas se ve de vez en cuando en las revistas profesionales algún artículo que otro que á ellas se refiera, y aunque lo cierto es, que el oficial dotado de penetración prácticamente se hace psicólogo y observando atentamente lo que ocurre á su alrededor aprende á mandar, también es verdad que la primera vez que un oficial se pone ante una tropa no tiene conciencia exacta de sus funciones.

La psicología de las multitudes es una ciencia difícil de adquirir en un libro, pero convendría que el alumno se iniciara teóricamente en ella, antes de ponerse ante núcleos de tropas. Aquí no se esbozará siquiera tal asunto porque éste no sería su lugar.

Otro tanto puede decirse del concepto del mando, que está condensado en los artículos de la ordenanza, pero en forma demasiado concisa. Tampoco se abordará tal cuestión, de la que ciertamente reciben los alumnos en las academias ideas prácticas, pues sus profesores les dan ejemplo de digna subordinación con los superiores, amistosa consideración con los iguales y prudente autoidad con los inferiores.

Pueden por lo demás considerarse como muy aceptables los actuales planes de enseñanza, introduciendo las pequeñas modificaciones indicadas y con la salvedad de dar á la enseñanza un carácter esencialmente práctico y utilitario.

Debería prohibirse del modo más absoluto y eficaz que el profesor diera conferencias que no pudieran ser fácilmente estudiadas en un tratado, ó en apuntes preliminarmente impresos por cuenta de la academia respectiva. No hay que decir que en tal caso, los ejemplares se expenderían por cuenta de éstas, procurando que los ingresos fueran únicamente los precisos para cubrir los gastos de impresión.

Aunque la educación física no se pierde de vista en las academias militares, debería atenderse más, especialmente la esgrima, tiro de revólver y sobre todo la equitación, y si no hay medio de que se aprenda ésta por completo, al menos debería darse facilidades para que la practicaran los oficiales de á pie en los puntos en que existen regimientos de caballería.

Respecto á la provisión de las vacantes de profesor, podría introducirse la modificación de efectuarla por concurso, porque si bien es indudable que todos los claustros de profesores son buenos en la actualidad, de este modo se acreditaría la superioridad de los elegidos. Al ocurrir una vacante se podría anunciar dando tres meses de término para efectuar las oposiciones, y entretanto la clase sería desempeñada por un ayudante, que sólo tendría esa misión y percibiría gratificación de profesor. Y puesto que de gratificaciones se habla, debe decirse que son muy legítimas y no se deben escatimar, pues un profesor, además

de las conferencias, tiene que estar al día, en los adelantos de su clase; necesita poco ó mucho ocuparse en todos los ramos del saber, por la correlación que existe entre los diversos conocimientos humanos; precisa estudiar los caracteres y tendencias de los jóvenes que le están encomendados, para encauzarlos debidamente, y por último, tiene la obligación de imbuirles ideas sanas, elevadas, prácticas y útiles de todo lo relativo á la profesión que abrazan; así, pues, tales gratificaciones son muy justas, no siéndolo tanto otras que á su sombra han prosperado.

Se terminarán estos deshilvanados renglones, manifestando que lo *mejor* es enemigo de lo *bueno* y que á obtener lo primero se deben encaminar los esfuerzos de todos, para aproximarnos al ideal de perfección, aunque éste no se logre nunca.

J. LUENGO,
Capitán de Ingenieros.

Logroño, 7 de enero, 1902.

LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

(Continuación)

Verdad es que los austriacos tienen que evacuar durante la noche la posición de Arcola, al verla envuelta por una pequeña columna francesa que, á las órdenes de Guieu, ha atravesado el Alpona por Albaredo y llegado por retaguardia de Arcola á las 7; pero no es menos cierto que ha fracasado el plan de Napoleón, que consistía en llegar por sorpresa á Villanova sobre la retaguardia del enemigo. Las tropas de Alvinczy halláanse, parte al este de Alpona y parte en Caldiero y delante de Massena. Napoleón, amenazado por ambos flancos por fuerzas superiores, cree prudente retirarse durante la noche al otro lado del Adigio, con tanta más razón cuanto que no sabe si Vaubois habrá sido rechazado por Davidovich, como parece probable.

Durante la noche adquiere la certeza, por avisos que recibe, de que Vaubois no ha sido atacado aún, y en su vista decide renovar el 16 su ataque contra Alvinczy. Por la mañana marcha de nuevo sobre Arcola, ocupado otra vez por los austriacos, lanzando á Augereau sobre dicho punto y á Massena sobre Belfiore; de ambos puntos son rechazados los austriacos, pero el puente de Arcola, defendido tenazmente, continúa en su poder, y por la noche todavía juzga Napoleón prudente no pasarla en aquel terreno cruzado de pantanos, sino poner el Adigio entre su adversario y él, conservando así el medio de poderse reunir con Vaubois. Napoleón renuncia á atacar de frente el puente de Arcola y se propone atravesar el Alpone por otro punto, al cual efecto manda construir un puente durante la noche del 16; y al saber, en la mañana del 17, que Vaubois no ha sido atacado aún la víspera, repasa el Adigio por tercera vez, á eso de las ocho, con la división Massena; Augereau debe franquear el paso por el nuevo puente. El ataque de Massena sobre Arcola es rechazado; pero cuando al perseguirlo los austriacos lo empujan hasta Ronco, vense cortados por los france-

ses y su columna es envuelta y completamente derrotada: Augereau, que ha tomado desde luego parte en este combate, comienza á franquear inmediatamente el Alpona por el nuevo puente y procura asaltar Arcola por la orilla izquierda, ataque que aún resisten sus defensores.

Pero las fuerzas de los austriacos se hallan agotadas: ya por la mañana había escrito Alvinzky á Davidovich diciéndole que aún podía resistir un nuevo ataque, pero que se hallaba imposibilitado de tomar la ofensiva. Había llegado para el jefe y para sus tropas ese momento crítico en el que basta la menor cosa para romper el equilibrio entre las ventajas y desventajas obtenidas hasta entonces y hacer inclinar definitivamente la balanza. Napoleón estuvo, pues, en lo cierto cuando dijo: «La suerte de una batalla es el resultado de un instante, de un pensamiento; el momento decisivo se presenta, brilla una *chispa moral*, y basta el empleo de la reserva más insignificante para que el triunfo sea.» (1) Esta misma convicción la consigna también en otros términos: «En todo combate hay un momento en el que la más pequeña evolución decide y da la superioridad: es la gota de agua que hace rebosar el vaso.» (2) Alvinzky, al creer que podía aún resistir un ataque, pero no obtener una completa victoria, carece de la *chispa moral* que brilla en Napoleón y que le da por fin el triunfo. No habrá, pues, que atribuir al azar, en casos semejantes, el menor incidente, por insignificante y fortuito que parezca: un ataque vigoroso, un simple amago bastan, en el momento crítico, para inclinar la balanza, y en la campaña que vamos analizando un simulacro bastó á preparar el resultado final y á cambiar la faz de las cosas. Cincuenta jinetes enviados por retaguardia de los defensores de Arcola figurando con el bélico sonar de los clarines y lo resuelto de su ataque una gran carga de caballería, consiguieron hacer decaer la moral del enemigo y evacuar el puente de Arcola. Esta evacuación se efectuó á las tres de la tarde, y á esta hora avanzan Massena y Augereau en tanto que un destacamento de la guarnición de Legnago llega por Alvaredo. El ataque general de Arcola por ambos márgenes del Alpona empieza, y á las cinco de la tarde son los franceses dueños de dicha posición; los austriacos retroceden sobre Villanova y San Bonifacio, viéndose obligadas á abrirse paso á viva fuerza las tropas que abandonan á Caldiero por hallar ya ocupado el camino por los franceses procedentes de Arcola. El 18 continúa Alvinzky su retirada por Montebello hasta Olmo, y Napoleón, que había obtenido la victoria por su gran tenacidad, superior á la de su contrario, pudo decir, como dijo: «Ningún campo de batalla ha sido tan disputado como el de Arcola.»

Entretanto, Davidovich se había puesto por fin en movimiento y el 17 de noviembre á las siete de la mañana inició su ataque envolvente sobre las posiciones que Vaubois ocupaba en Rivoli. Dada su superioridad numérica el éxito no podía ser dudoso, y, hacia las dos de la tarde, Vaubois, desalojado de sus posiciones, estaba en plena retirada sobre Verona. Después de un alto de corta duración en Bussolengo, continúa retirándose durante la noche hasta Castelnuovo y sigue el 18 en la mañana por Peschiera hasta situarse detrás del Mincio. Davidovich pernocta el 17 sobre el campo de batalla y avanza el 18 hasta Pastrengo.

(1) *Memorias de Santa Elena*, T. II, pág. 15.

(2) *Memorias de Napoleón.—Relato de las guerras de Julio César*, T. IV, pág. 104.

Tan pronto como Napoleón conoció la derrota de Vaubois y se cercioró de que Alvintzy, situado en Villanova no tenía intención de recomenzar la lucha, envía su caballería en persecución de aquél y dirige á Massena sobre Villafraanca, por la margen derecha del Adigio, y á Augereau, por la margen izquierda, sobre Verona. Davidovich conoce el 19 la retirada de Alvintzy y que Napoleón se revuelve contra él, y, en su virtud, suspende su avance y se repliega el 20 sobre Rívoli; pero mientras ejecuta estos movimientos, Alvintzy, al no verse perseguido, se decide á contramarchar sobre Verona para llamar sobre sí la atención y favorecer la situación de Davidovich; mientras éste sigue batiéndose en retirada, Alvintzy llega el 20 á Villanova. Napoleón reúne á Massena y Vaubois, los lanza contra Davidovich, y hace que Augereau, saliendo de Verona, se dirija por las montañas sobre Dolce, en el valle del Adigio, para cortar á su adversario la línea de retirada.

El 21 llega Alvintzy frente á Caldiero, de donde desaloja el débil destacamento francés que allí había quedado, y su extrema vanguardia se aproxima á Verona. En la mañana del mismo día, ante la proximidad de Vaubois y de Massena, Davidovich evacúa la posición de Rívoli; apenas evacuada, recibe la noticia de que Alvintzy ha tomado de nuevo la ofensiva y trata de recuperarla, dando órdenes al efecto; pero cambia luego de parecer y opta por seguir retirándose. Estas fluctuaciones fueron, como era natural, causa de desórdenes y de errores, y no bien le atacaron los franceses, el combate tomó mal aspecto para los austriacos, que son rechazados con pérdidas. Sabe en esto Davidovich que Augereau marcha hacia Peri, por Lugo, y decide retirarse sobre Ala; pero Augereau ha llegado ya á Peri y le es preciso combatir para abrirse paso: en situación tan crítica, las tropas de Davidovich se desbandan completamente y no consiguen salvarse sino á costa de grandes pérdidas.

En los días siguientes no se realizaron movimientos de importancia: el 23 supo Alvintzy el mal aspecto que había tomado la retirada de Davidovich y se vió obligado, á su vez, á batirse en retirada en la noche del 24 y seguir hasta colocarse detrás del Brenta. Wurmser intentó el 23 una salida de Mantua, pero fué rechazado dentro de los muros de la plaza, porque Napoleón, previsor en todo, había hecho ya que se reincorporase al cuerpo que mantenía el bloqueo el fuerte destacamento que de él había sacado. Esta campaña terminó, pues, el 24, habiendo quedado Napoleón victorioso y habiendo cumplido su misión defensiva y conservado sus posiciones.

El ejército francés siguió ocupando hasta fin de diciembre los siguientes puntos, con los efectivos que se indican: Sérurier, que ha reemplazado á Kilmaine, á la sazón enfermo, bloquea Mantua, con 8.000 hombres; Massena está en Verona, con 9.000; Joubert, que ha substituído á Vaubois, está en Rívoli, con 10.000; Augereau, con 9.000, está en Legnago; Rey, con 4.000 formando la división de reserva, desde Brescia al valle del Chiese; y la brigada Víctor, de 2.000 hombres, ocupa á vanguardia de ésta, Castelnuovo y Goito. Dicho ejército permanece descansando en los puntos referidos, en atención á que Napoleón no tiene interés alguno en emprender nuevas operaciones ofensivas; en tanto que no se haya rendido Mantua, y á que los austriacos necesitan reorganizarse y allegar refuerzos.

(Continuará)